

ENRIQUE BERLIN
(1915-1988)

El día 6 de mayo de 1988 falleció en la ciudad de México el doctor Heinrich Berlín Neubart, investigador del mundo maya y el arte colonial. Dicha así, a secas, la noticia nos dice bien poco y nos dice mucho. Poco porque unas cuantas palabras —ni muchas que fueran— bastarían para dar idea cabal de una vida dedicada a la investigación. Y nos dice mucho porque la sentimos como el golpe tajante en que ha culminado la vida austera y sabia de un honesto investigador. Muerte sobria, sin acompañamiento de relamidos discursos, ni pompas ni plañideras; simplemente el golpe seco que corta y abate la rama del árbol.

Nació el 13 de noviembre de 1915 en Furth, Baviera, en los días en que el mundo se precipitaba en la más inhumana de las guerras. Las terribles batallas en Yprès y el Somme, con toda la dureza de las trincheras. La dramática ofensiva de Ludendorf, el hundimiento de Alemania y la Europa salida de Versalles, con sus indecibles contradicciones. Luego la crisis y la miseria de los años veinte. Este fue el marco de sus primeros estudios, de la infancia al bachillerato.

En 1935 emigró a México, cuando ya el nacional socialismo hacía dos años que retenía el poder en Alemania, la patria que nunca volvería a pisar. Del vórtice de la historia, en la debatida Europa, vino a buscar en tierras de América el cauce de historias lejanas, la del México virreinal y la prehispánica, en la más antigua cultura del Nuevo Mundo. Tal vez por estas circunstancias siguió su vocación dentro de un criterio de amplios pliegues, abierto a toda problemática histórica y social, sin las limitaciones de quienes se especializan en campos muy estrechos que frustran, frecuentemente, la ascensión de más altas perspectivas históricas. Hombre de conversación fecunda, que lo mismo abordaba sobre la lusitana revolución de los claveles que sobre el testamento del gaditano Lorenzo Rodríguez.

Realizó sus estudios profesionales en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México, entre los años 1935 y 1939, obteniendo el título de Maestro en 1942 y el de Doctor en Letras en 1947, con especialidad en Antropología.

Entre 1938 y 1945 emprendió sus trabajos de campo en Palenque y casi de la misma época datan sus primeros artículos relacionados con la arqueología maya y el arte colonial. Y desde estos primeros trabajos

afloran ya como características la seriedad y la madurez, que no menguan en sus casi cincuenta años de producción. No encontraríamos en sus publicaciones nada que se pudiera tildar de superficial, ni siquiera de ligero, pues aun algunos artículos que él mismo llamaba de divulgación aportan conocimientos que constituyen verdaderos jalones en la investigación histórica. Debido a la regularidad y a lo metódico de su trabajo encontró en el artículo el mejor medio de comunicación para sus descubrimientos, que fueron muchos. Sus familiares* me han permitido amablemente revisar la bibliografía completa de sus obras, desde sus "Relaciones precolombinas entre Cuba y Yucatán" publicadas en 1940 en la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, hasta "La iglesia del Carmen en Oaxaca", publicada en 1984 en Roma, en *Teresianum Ephemerides Carmeliticae*, que creo fue su último trabajo publicado. Los libros son pocos, los artículos pasan de ciento, todos de denso contenido. Aparte las reseñas, traducciones del inglés y el alemán y artículos periodísticos que, por ser este género de contenido ligero, no acostumbraba incluir en su *curriculum*. Una muestra más de su modestia y seriedad. Admirable resulta también que en ese lapso de cuarenta y cuatro años no se encuentre uno en que hubiera dejado de escribir.

Guatemala fue el otro país que mereció sus afanes, que es como decir sus afectos. En 1950 fue nombrado investigador asistente en el Museo Nacional de Guatemala y profesor en el Instituto de Antropología e Historia de la Universidad de San Carlos, obteniendo en ésta la categoría de *Emeritisimum* en el año de 1953. De Guatemala pasó a Chiapas, a trabajar en Palenque, al cual dedicaría a lo largo de su vida una gran parte de sus obras sobre Arqueología y Epigrafía. Luego estuvo en el Archivo General de la Nación, el de Notarías y los archivos inexplorados. Era la atracción de lo desconocido y el hallazgo. Era la aventura del investigador.

El 9 de agosto de 1976 el gobierno de Guatemala acordó otorgarle la Orden del Quetzal en grado de Comendador, misma que recibió el 29 de septiembre de 1977 en ceremonia realizada en aquella ciudad. El 25 de julio de 1981 el gobierno del Estado de Chiapas le concedió el Premio Chiapas en la rama de ciencias. Honores que recibió con la ecuanimidad del que los ha merecido verdaderamente, sin maquinar en ello, porque hay distinciones que son limpias, dijérase castas, ganadas solamente por

* La señora Ana Elizabeth Berlín y el Arquitecto Juan Berlín, a quienes agradezco muchas noticias y la bibliografía completa de nuestro querido amigo.



Enrique Berlin.

el mérito. Como hay otras que se obtienen, con dos onzas de trabajo y mucho valimiento o posición social. Sarcasmo tuvo él siempre para las segundas, y aun las despreció.

Alguna vez se dijo que era huraño, y, según se mire, yo creo que lo era, huraño y solitario, y hasta con mucho de lobo estepario. ¿Cómo no serlo si la cultura impone condiciones y una de ellas es el recogimiento en la lectura y en la reflexión? ¿Huraño? sí, pero ante la ramplonería que nunca dejó penetrar en ese maravilloso *Hortus conclusus* de sus conocimientos que sí, en cambio, compartía con esplendidez a quienes de alguna manera fuimos sus discípulos; algunas veces entre libros y polvo de legajos, en el archivo y en la biblioteca; otras veces sobre la mesa de un famoso café en el antiguo Paseo de Bucareli.

A su condición de hombre solitario debemos añadir su sencillez. Ni el elogio ni la búsqueda de distinciones, que no eran su negocio. Hace unos años que algunos de sus amigos incurrimos en la debilidad de proponernos escribirle un libro de homenaje, que afortunadamente no se realizó, porque esto hubiera vulnerado su sagrado derecho a la modestia.

Sabemos que el discípulo de ayer es el maestro en el presente, y que el maestro de ahora será substituido por sus discípulos mañana, y que estas substituciones y este devenir son inevitables, como inevitable es la muerte. Y, sin embargo, esta muerte nos duele, porque se nos va acabando aquella generación formada en los años cuarenta, en la escuela de Mascarones, que difícilmente se repetirá. No va quedando más que la obra, en el caso de Enrique Berlín un centenar de libros y artículos que hicieron cien veces avanzar la investigación histórica. La obra como producto humano que es lo que nos da la verdadera dimensión del hombre. Don Miguel de Unamuno lo descubrió, en la agonía de su duda sobre la existencia del alma. ¿Qué hemos de dejar de nuestro paso en el mundo, si no es la obra? La obra o el libro para el recuerdo, para la historia; y el esqueleto a la tierra.

EDUARDO BÁEZ MACÍAS